

La tragedia golpea a Italia

L'Aquila es una ciudad fantasma
sacudida por temblores donde
se busca vida entre las ruinas

«No sé cuántos habrá ahí abajo»

ÍÑIGO DOMÍNGUEZ
ENVIADO ESPECIAL. L'AQUILA

A las 3.32 horas la cama se mueve como en un tren, las ventanas crujen, las paredes tiemblan, saltan las alarmas, las gaviotas chillan en los tejados, con un ronco sonido de fondo que todo lo envuelve y sale de las entrañas de la tierra. Un momento interminable. 15 ó 20 segundos. Esto en Roma, a cien kilómetros del epicentro. Llegan las primeras noticias del Abruzzo y a las 8 no hay un alma en la autopista que conduce a L'Aquila. A las 9, la avenida de entrada a la ciudad está flanqueada de edificios agrietados, con cascotes y cristales a sus pies.

Cientos de personas salen del núcleo urbano con maletas o están sentadas en la acera. Nada más poner el pie en el suelo la tierra vuelve a moverse como una alfombra. Caen piedras en cascada de todas las casas. El instinto animal alerta a cada cual, que se aleja mecánicamente de fachadas o farolas, girando la mirada en todas direcciones, buscando también grietas en el suelo. «Es así a cada rato desde esta noche», dice un anciano que sale con dos cafés del bar de una gasolinera. Se mete en el coche y se lo toma con su mujer. El automóvil, lleno de ropa y algún envase de comida, es ahora su única vivienda. Hay largas hileras de vehículos aparcados en las afueras con gente dentro, asustada, que guarda silencio y piensa. Nadie sabe dónde va a pasar la noche. Nadie sabe nada.

Lo peor está enfrente, en la colina del centro histórico, un núcleo medieval de palacios y callejuelas. Está desierto, fantasmal. Cada bocacalle muestra casas tambaleantes y pedruscos en el pavimento. Los contenedores han volcado por las sacudidas y hay basura por el suelo. Flotan olores acres de gas, de algo quemado, de rocas abrasadas. En una plaza aparecen veintitún ancianas muy mayores, en camión y con mantas, sentadas al sol en sillas de ruedas. Algunas no saben ni qué ocurre, y preguntan cuándo vuelven a casa. La residencia Ferrari, su hogar, se ha derrumbado, pero están todas a salvo. Llega un equipo de Protección Civil y decide llevarlas de momento a la Piazza del Duomo. No hay transporte disponible.

La Piazza del Duomo, centro histórico, es un campamento al aire

libre, con cientos de personas tiradas por el suelo con mantas. Están vestidos en pijamas, bata o chándal. Hay sobre todo ancianos y jóvenes. Así es L'Aquila, abuelos y estudiantes de la universidad, muchos de ellos extranjeros. Hay un grupo griego, otro israelí. Esperan instrucciones de sus embajadas. Todos cuentan historias parecidas. «En cuanto noté el terremoto salí corriendo de casa, y al minuto se derrumbó», explica Roberto. Como todo el mundo, ya había sentido un seísmo hacia las 22.30 horas, viendo en la tele el resumen de los partidos del domingo, pero se fue a dormir tan tranquilo. Estos temblores ya eran normales desde hace meses. Mucha gente se ha salvado porque ya estaba sobreaviso y sabía cómo actuar. Justo la noche antes Roberto le explicó a su amigo Pietro que debía meterse en el hueco de la ventana. Es lo que hizo ayer. Al momento el techo de su habitación se derrumbó. Está vivo.

El reloj parado a las 3.45

Impresiona ver las torres de la catedral: se han desplomado las campanas. El reloj está parado a las 3.45 horas. Al lado, la cúpula de la iglesia de la Madonna del Suffragio, del siglo XVIII, está abierta como una naranja. Templos rajados de arriba a abajo, palacios renacentistas descoyuntados... El centro artístico de la ciudad está al borde del derrumbe. L'Aquila tardará años en volver a ser lo mismo. Las tiendas, los bancos, las oficinas públicas, todo cerrado. Menos una farmacia, heroica, abierta entre cascotes.

Se habla de tres edificios hundi-



SUPERVIVIENTE. Un joven herido es evacuado. / AFP



ANGUSTIA. Los nervios consumen a Antonello Colangeli. / AP



IMPOTENCIA. Antonello grita a su hijo, que no responde. / AP



ALIVIO. Los médicos confirman que Giulio sólo está herido. / AP

La vida renace entre los Colangeli 12 horas después

P. E. H. L'AQUILA

Doce horas sin saber de su hijo. ¿Estará vivo o estará muerto? De la habitación en la que dormía no queda nada. Tampoco del resto de la casa familiar. Pero Antonello Colangeli siente un palpito que le une a Giulio. Sabe que está con vida. O así lo quiere creer.

Toneladas de escombros re-

tirados y no aparece. La incertidumbre consume al padre. Lo hace hasta que un anuncio abre un universo. «¡Aquí está!», dice uno de los miembros del rescate. Giulio es extraído de un mar de cascotes. Antonello le grita. No habla, no se mueve. Pero respira. «Sólo está conmocionado», confirma un médico. La vida regresa a la familia Colangeli.



DESTRUCCIÓN TOTAL. El casco

dos donde hay gente atrapada. Todos de construcción moderna. Uno está cerca, en la plaza Pasquale Paoli. Es un bloque de cuatro pisos convertido en una montaña de cemento y hierros retorcidos. Aldo, un vecino, lleva aquí desde las 4.00. «Coincidimos un grupo de gente, pero no se podía hacer nada, es un techo de cemento que ha aplastado todo, sacamos a algunos por los lados, pero no sé cuántos habrá ahí abajo», explica. Dice que los equipos de socorro tardaron tres horas en llegar. Ahora los bomberos trabajan con dos excavadoras y a mano, pero son hormigas que mueven migas de piedra. En la plaza, decenas de personas cubiertas de polvo siguen los trabajos sobrecogidas. Hay aquí y allá objetos aplastados con piedras como si fueran de papel. Coches y buzones. La normalidad, rota. Pero eso no vale nada, lo único valioso es la vida. Los familiares de los desaparecidos taladran la montaña de escombros con la mirada.

De repente, silencio. La gente se sobrecoge porque es el primer momento sin sonidos en horas. Los bomberos han ordenado parar las excavadoras y callan a todos. Se aguzan los oídos para intentar oír algo. Un oficial grita: «Matteooooo... Riccaaaardooo... Daniela.....». Pasan los segundos. Se crea una intimidad extraña entre las personas que están allí. A lo lejos se oyen sirenas, el ruido de búsquedas en otros lugares llega amortiguado. Nada. Una punzada de desesperación recorre los grupos. Una chica, que no sabe si a su novio le dio tiempo a salir, grita: «¡La Yaris! ¡Es su coche!». No lo había reconocido, cubierto de polvo. Se emociona ante un objeto de la persona amada, como si fuera él. Acaricia el coche.

Se percibe agitación entre los bomberos, han encontrado algo. Un anciano no aguanta más y trepa por los escombros. Sacan apuntes, álbumes de fotos, ropa. Un pasaporte que acercan a un joven, que sólo asien-